



A1373

02/04/2002

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL ACTO DE ENTREGA DE LA GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA A MIGUEL RODRÍGUEZ-ACOSTA**

Madrid, 02-04-2002

Señoras y señores, queridos amigos,

Quiero, en primer lugar, comenzar estas palabras agradeciendo a Miguel Rodríguez-Acosta su presencia aquí, esa presencia que nos ha traído esta tarde la evocación de los aires, si se me permite decirlo, de ese extraordinario Carmen granadino que es la Fundación Rodríguez-Acosta.

Deseo felicitarle muy sinceramente por esta distinción que responde a dos buenos motivos, tan entrelazados el uno con el otro que, en realidad, parecen uno. Muchos de los que estamos hoy aquí reconocemos que Miguel Rodríguez-Acosta es un gran pintor, pero que no alardea de ello, y muchos reconocemos que es también un gran mecenas, pero que tampoco alardea de ello. Por estas dos razones, la de pintor y la de mecenas, que tan pocas veces se conjugan en una misma persona, merece justamente la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. Ahora todos esperamos que algún día presuma y alardee de la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Cuando se interioriza, sin duda, la pasión por el arte y la cultura, hasta hacerla parte de uno mismo como una expresión natural, no hay lugar ciertamente a la presunción. Esto, en mi opinión, explica muchas de las cosas de la personalidad y de la obra de Miguel Rodríguez-Acosta, de esta forma de vivir el arte que en los Rodríguez-Acosta parece como una seña familiar que se transmite de generación en generación, que se manifiesta en la exigencia a uno mismo, en la continua puesta a prueba de las propias capacidades, en la búsqueda permanente de la creatividad más auténtica para uno mismo, que es la de la garantía de que una obra de arte sea también, de verdad, una obra de arte para los demás.

Creo que sus prolongados silencios pictóricos y sus felices reapariciones en la escena artística demuestran su fidelidad a esa experiencia de la pintura como ejercicio interior, sin ataduras ni imposiciones, y que, además, venturosamente, está libre de modas; de la pintura que no espera gratificaciones espurias, sino que busca la única recompensa por la que trabaja el artista, que es saber plasmar en el lienzo lo que en cada momento le es dado y querido expresar.

Parece justo reconocerle a uno de los mejores artistas españoles el que haya hurtado tanto tiempo a su faceta creativa con su labor al frente de la Fundación Rodríguez-Acosta, instituida y donada a la ciudad de Granada por su tío, el también pintor y mecenas José María Rodríguez-Acosta.

Siguiendo estrictamente la última voluntad de éste de que la Fundación sirviera de estímulo a las personas de espíritu elevado, ha conseguido que el Carmen construido por su tío represente hoy uno de los focos culturales de mayor prestigio de España. Con tan buena mano y con tanta sensibilidad como demostrara en su faceta de pintor, ha sabido compaginar la condición de la Fundación como centro abierto a los nuevos creadores y a las manifestaciones culturales, y también ha sabido combinar eso con el respeto a la solera de ese Carmen, que ya en sus primeros tiempos admiró a gentes como Ortega o cómo García Gonz.

Creo que es muy oportuno recordar ahora las palabras de su tío cuando en su última voluntad aleccionaba a los patronos de la Fundación a elegir entre sus sucesores "hombres de espíritu abierto, de noble corazón, con la fecunda alegría de ensanchar los conocimientos de este milagro que es la vida, y que tenemos el gozoso deber de hacer cada vez más noble, más bella y más dichosa".

Esas pinceladas, escritas hace más de medio siglo, corresponden con precisión al retrato de Miguel Rodríguez-Acosta y resumen cabalmente los méritos de la condecoración que con mucho gusto acabo de imponerle.

Yo no puedo decir más, sino sumarme a las felicitaciones, no solamente a Miguel Rodríguez-Acosta, muy merecidas, sino a Sole. ¡Cualquiera termina este discurso sin mencionar a Sole! Así que enhorabuena a los dos y muchas gracias a todos.